

MES DE SAN JOSÉ

Día 1 – Poder de San José.

“Les obedecía, les estaba sujeto...”, dice el evangelio. ¿Quién? Jesucristo. ¿A quién? A José. ¿Puede ser cierto? Sólo su Padre Eterno puede mandar a Cristo. Pero el Padre Eterno delega su autoridad. La deposita en José. Y desde ese momento José manda con estricto derecho... Y Jesús obedece con estricto deber... ¡Qué poder el de José! Ahora también perdura ese poder. A una señal de José, Cristo derrama a torrentes desde el cielo, desde el Sagrario, los tesoros de su Corazón.

¿Es que tú no los necesitas? Mira tu vocación. Necesitas un Pentecostés de bendiciones para llenarla. Obténlas por medio de José. Atrae hoy hacia ti sus miradas con algún obsequio especial.

Pídele: ¡oh fidelísimo José!, alcánzame del Corazón de tu Hijo gracia abundante para esculpir en mí ese hombre desnudo de afectos que vive sólo a Cristo, que reclama mi vocación.

José poderosísimo, ruega por nosotros.

Día 2 – San José, modelo de ecuanimidad.

¿Puedes figurarte a san José buscando fuera de su casita la distracción y el descanso de su trabajo? Recuerda lo que te hace buscar en las criaturas tu consuelo: tedio, aburrimiento, tibieza...

José no conoció el tedio ni el aburrimiento. Era tan sublime su ocupación: alimentar, robustecer a Jesús. No conoció la

mezquindad en su trabajo. Mezquino... ¿con Dios? Jamás anheló consuelos terrenos; todo lo tenía en Jesús...

¿Quieres sentir hoy, y siempre, el gozo pleno de la posesión perfecta de Jesús? ¡Fuera tedio y aburrimiento! También tú tienes una obra sublime entre tus manos: la obra “divinísima entre las divinas” ... ¿Aburrida, y tibia, y mezquina...? Si lo que podría hacer gemir tu naturaleza, la cruz, debe ser tu mayor alegría...

Enséñame, santísimo José, a llevar a cabo “mi obra” redentora con entusiasmo, sin desfallecimientos, como tú, y a huir y aborrecer todos los consuelos terrenos.

José fortísimo, ruega por nosotros.

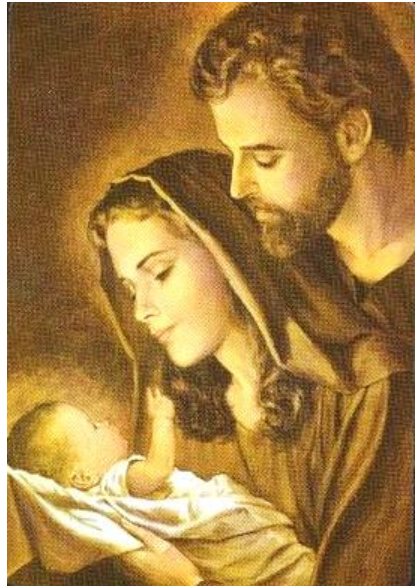
Día 3 – San José, el santo del silencio con los hombres.

¿Puedes figurarte a San José hablando largo y tendido, como por sistema, con los vecinos, lejos de Jesús y de María? En cambio, ¿verdad que concibes conversaciones íntimas, largas, efusivas, reposadas con sus dos Amores, en los atardeceres, después del trabajo o en las horas dulces del reposo forzados de los sábados? ¿Por qué no imitas a José? ¡Hablar con los hombres! Hay tiempos para ello. Entonces, sí... Alegría sencilla, sin estridencias; universalidad natural y sin preferencias ni repugnancias consentidas; espiritualidad discreta y sin miedo, firmeza indomable si es necesario... Es tu deber... Tómalo como obra de apostolado. Fuera de esos tiempos..., examina cómo guardas el silencio, pórtico del amor, preludio de eterna armonía.

Y... ¿con Jesucristo y su Madre? ¡Ah!, eso sí. Como José. No desperdices ni un segundo. Habla largo, íntimo, reposado, caliente. En tu corazón, siempre. Y en el Sagrario, cuando puedas... Y podrías tantas veces... Necesitas amar y... dejarte amar.

José: enséñame a callar y a hablar. A callar con los hombres, cuando no me exija lo contrario la necesidad o la caridad. A hablar con ellos para atraerlos a Cristo. A hablar con Cristo y con su Madre siempre, sin intermisión, como tú lo hacías...

José prudentísimo, ruega por nosotros.



Día 4 – San José y la Eucaristía.

José volvía del pueblo hacia su casa. Una obsesión dulce en su corazón. Clavada y candente. ¡Jesús está en casa! Estará esperándome. Y San José – otro día – trazaba su plan para unas horas de descanso: “estar con Jesús”.

Clava esta obsesión en tu alma: Jesús está..., está en el Sagrario, y me aguarda, y me llama, y me quiere hablar. “El Maestro está y te llama... Tiene algo que decirte”. ¿Te has convencido realmente de que está? Medita un minuto sobre ese “adest”... está. ¿Estás persuadido de que tiene algo que decirte? ¿Te has fijado en lo que en un solo segundo puede salir de las puertecitas de Su Sagrario si hay fuera unos ojos que miran, una boca que se abre, un alma limpia que recibe? Clava esta obsesión en tu alma. Esta bastará para que, en tus horas desocupadas, en tus minutos libres, tenga siempre la primacía Jesús Hostia Santa... Imita a San José mirándole, amándole, ofreciéndote... No podrás dar mayor gusto al Santo Patriarca.

Santísimo José, graba a fuego en mi alma esa palabra: *Magister adest*, como lo estaba en la tuya. Sentimiento interno de esta

verdad. Y luego, enséñame a hablar en Su Sagrario como tú en tu taller.

San José, amantísimo de Jesús, ruega por nosotros.

Día 5 – San José, modelo de fidelidad a la vocación.

José tenía un ideal de vida puro y santo: vivir en perpetua virginidad con María, tan dulce, tan amable...

El banco de carpintero les daría lo suficiente. Sin problemas, sin preocupaciones, serían dichosos... Un ángel se interpone en su camino: “Daré a luz un Hijo y le pondrás por nombre Jesús”. El horizonte cambia por completo. ¡Qué responsabilidad! Dicha infinita en la posesión de Dios, pero trabajo incesante para alimentarle y defenderle. Nubes negras de persecución, destierro. ¡Cómo cambia la vida de San José! Y él... la abraza con decisión, con humildad, sí, pero con magnanimidad generosa y valiente.

¿Has pensado en serio en el cambio de tu vida? Recuerda el “ven y sígueme” de tu vocación. Desde aquel momento sublime, los ideales terrenos – todos – han caído por tierra: familia, patria, riquezas, bienestar... No vuelvas a darles entrada. Un ideal más divino, pero también más duro, ha comenzado para ti: corredor con Cristo. Qué responsabilidad... Piensa mucho en ella, como lo haría San José.

Y pídele: Enséñame a entregarme a mi vocación con obsesión. Quiero vivir una vida de entrega total, humilde, alegre, magnánima, a mi oficio de redentor con Cristo.

San José, fidelísimo, ruega por nosotros.

Día 6 – San José y el Cuerpo Místico de Cristo.

¡Qué sabroso era el pan de Nazaret! Se amasaba con el sudor abnegado de José. ¿Para qué tanto esfuerzo? Para que Jesús creciese, se desarrollase pujante de vida.

En la teología de San Pablo hay un dogma central: el del Cuerpo Místico de Jesucristo. Piensa en él. El Cuerpo de Cristo tiene miembros. Y éstos han de crecer: crecimiento interior, intensivo. Tú eres miembro de Cristo, debes crecer en santidad, humildad, mortificación, unión con Dios, caridad... Completas,



embelleces el Cuerpo de Cristo. Extensivo: almas destinadas a ser miembros del Cuerpo de Cristo y que están desgajadas de Él. ¿No ves ahí tu apostolado? Oración que atraiga sobre ellas gracia a torrentes, padecimientos, mortificación que completen la pasión de Cristo; labor directa que las injerte en su Vid verdadera...

Doble crecimiento que es tu fin: perfección propia, perfección ajena. ¿Crees que es indiferente a José el doble crecimiento del Cuerpo de Cristo? Sí, trabajó y se

consumió en la tierra con este único fin.

Pídele: Sigue trabajando, santísimo José. Sigue procurando el crecimiento de Cristo. Hazme miembro suyo, robusto, con santidad heroica... Y haz que tantas almas arrancadas de Cristo formen un Cuerpo con Él. No permitas que ninguna de las vinculadas por Cristo a mi correspondencia se pierda para siempre por mi desidia y negligencia.

San José, nutricio del Hijo de Dios, ruega por nosotros.

Día 7 – San José, Patrono de la Iglesia.

Jefe de la Familia de Cristo en Nazaret. Jefe, Patrono, Abogado de la misma Familia extendida por toda la tierra. Protector y Padre de la Iglesia. El Padre Eterno lo eligió para cabeza de aquel Hogar divinamente idílico... ¡Y cómo cumplió la misión! Jesucristo y el Espíritu Santo le han elegido Patrono de la Iglesia.

José, desde su trono, mira y ayuda a su gran Familia de la tierra. ¡Cómo cumple su misión! Y ¡cómo quiere cumplirla! Pero las gracias que pugnan por salir de sus manos están vinculadas a tu oración.

Vives en una Iglesia militante. Sus problemas son los tuyos. Reconocimiento de sus derechos por el Estado; santidad de sacerdotes, religiosos y fieles; dignidad de la familia, estabilidad del matrimonio, respeto a la vida, educación de la juventud; misiones, infieles, herejes y cismáticos; ateísmo militante... Vibra, estremécete... ¿Dejarás baldías tantas gracias vinculadas a tu oración? Suplica sin cesar a San José: Protege a tu Familia de la tierra, defiende a nuestro Santísimo Padre el Papa. Sé tú su apoyo y fortaleza.

San José, protector de la Santa Iglesia, ruega por nosotros.

Día 8 – San José, esposo de María.

¡Cuántas veces le has contemplado! Él, conduciendo la cabalgadura. Ella, recogida, transparentando el Divino Sol que lleva en su seno. Camino de Belén. Oyen los comentarios que dejan tras de sí al pasar: “Dos jóvenes esposos...”, y no se equivocaban...

¿Has pensado en que José es el esposo de la Madre de Dios? Lazos entre esposos dicen: amor, confianza sin límites, entrega natural, espontánea confiada... ¡Cuánto debe María a José! Testigo, a la vez, de su Inmaculada Virginidad y de su

Maternidad divina. Es su custodio, su apoyo, su paño de lágrimas... No pienses que la gratitud de María se apagó con la vida de San José en Nazaret. Su agradecimiento es eterno.

Y Ella es la Medianera de todas las gracias... No des-aproveches el poder de José. Pídele lo que más te interesa: Escúchame, gloriosísimo José, acude a María... Háblale de mí, de mis necesidades, de mi única "necesidad": ¡mil veces morir antes que ser infiel a mi vocación!

San José, esposo de la Madre de Dios, ruega por nosotros.

Día 9 – San José aprovechó todo su tiempo.

No puedes pensar en un San José ocioso. Tampoco en un San José febril, acongojado... Piensa con amor en el carpintero diligente, sin altibajos, sereno, sin nerviosismos. Ni un minuto desperdiciado. Tensión..., pero de voluntad..., de voluntad inflexible y serena, no de nervios.

¿Por qué no imitas a San José en tu modo de trabajar, de estudiar? Piensa un rato en el tiempo. ¿Concibes su valor? Gloria de Dios, Sangre de Cristo, almas, santidad, grados de felicidad perpetua... "Recoged las sobras para que nada se pierda", dice Cristo tras la multiplicación de los panes. Para la turba, aun para los apóstoles todavía, los fragmentos nada valen. Para Cristo, son pan que puede saciar a otros hambrientos; son partecitas del milagro de su amor...

Al dividir tu tiempo, quedarán "fragmentos" ..., momentos perdidos... Esos minutos pueden salvar almas, pueden saciar la sed asfixiante de amor que atormenta el Corazón de Cristo... Aprende de José a trabajar, a aprovechar el tiempo con avaricia santa. Dile con toda el alma: José bendito, quiero seguir tus ejemplos, pero soy débil, inconstante. Préstame tu ayuda poderosa. Tú todo lo puedes y yo todo lo necesito...

San José, modelo de laboriosidad, ruega por nosotros.

Día 10 – San José, preparando morada a Jesús.

Antes de nacer Jesús, José prepara la cuna para el Niño. La cueva de Belén es fría, sucia, destartalada... José... ¡qué esmero en limpiarla! ¡Con qué cariño la adecentaría un poco! Y luego..., en Egipto y Nazaret..., preparar la habitación de su Jesús... ¡Qué oficio más dulce!... José precediendo a Jesús para acondicionar su morada.

Piensa en este aspecto de la vida de José. ¿Nunca te has fijado en el desorden de tu corazón, de “tu casa”, en que ha de entrar Jesús? ¿Y no has reparado en esas almas vinculadas por Dios a tu apostolado? Quiere entrar en ellas... De ti depende que halle una vivienda confortable o una puerta cerrada por la culpa.

El desaliento se apodera con frecuencia de tu corazón. Pensabas en el desorden de tu alma. Olvidabas que el santo es un pecador que sigue esforzándose. Pensabas en la suciedad de “tus almas”, tantas y quizá tan frías y tan negras. La desconfianza te anegaba... ¿Por qué no acudes a José? ¡Cuánto sabe él de preparar hogares para Jesús!

Santísimo José: Mira a mi alma, pon orden en ella. Limpia mis faltas, calma mis pasiones, mis turbaciones. Haz de mi corazón un hogar confortable para Jesús, donde viva a su gusto. Santifícame y mira a mis almas, ¡tan agujereadas, tan vacías! Abre tú sus puertas. Entre tanto escombros de pecados, prepara un trono para Cristo. Yo solo no puedo, y, sin embargo, es mi misión. Sé tú mi apoyo y mi fuerza...

San José, preparando hogar a Jesucristo, ruega por nosotros.

Día 11 – Con José nada echan de menos Jesús y María.

En la persecución, refugio. En la pobreza, sostén. En la perplejidad, consejo. En la tribulación, alegría. Eso fue José para su Familia. En él todo lo tenían, nada echaban de menos...

¿No has palpado nunca tu pobreza? ¿Nunca te has sentido torturado por la duda? ¿Nunca ha asomado la tristeza, quizá la incompreensión o la persecución en tu alma? Jesús y María lo hallaron todo en José... ¿Y tú no lo encontrarás? Acude a él... Quizá la duda y la tristeza..., no; pero al menos, la pobreza sí que la encontrarás a tu paso.

¡Es tan alto tu ideal y es tan frágil nuestro barro! Ayúdame, bendito José. Soy pobre... Sé mi riqueza. Soy inconstante, sé tú mi fortaleza. Sé mi luz en las tinieblas, mi alegría en la tribulación.

José, sostén y apoyo de la Sagrada Familia, ruega por nosotros.

Día 12 – San José, santificado al contacto con Jesús.

El roce con la túnica de Jesús, ligero, instantáneo, sanaba a los enfermos... ¿Y el contacto de treinta años? ¿Sus abrazos, sus cuidados, su presencia? ¿Su conversación íntima, el deslizarse suave de sus gotas de sudor?

José supo – mejor aún que la hemorroísa – tocar a Jesús... Pídele ayuda en tus comuniones: contacto estremecido de emoción divina, contacto de confianza absoluta, de amor tiernísimo, de fe inmovible... Tú también te haces santo al contacto con Jesús. Haz en compañía de José tu comunión. Pídele saber tratar como él a Jesús, tocarle como él... Y que tu contacto no sea pasajero, sino injerto vivo que permanezca, como el suyo, mientras te dura la vida...

Son José, íntimo confidente del Corazón de Jesucristo, ruega por nosotros.

Día 13 – San José, apasionado por Jesús.

José absorbido por una idea: ¡Jesús! ¡Era su obsesión! Al levantarse – aún era de noche – una mirada a la cuna y ¡a trabajar! Alegre, tenaz, rebosando amor.

¡Jesús! Todo por Él. En cada minuto, en cada hora, esta idea gravitando con todo su peso dulce, pero infinito..., sobre José. Y José, en cada segundo, amando con toda el alma en trabajo tenso, amoroso, enderezado a Él. Y así un año... y otro... y otro... Apasionado, absorbido por Jesús.

Fíjate en José. Mete esta obsesión en tu corazón. ¡Qué suave se te hará todo! Jesucristo amándote “ahora”, esperando que le ames “ahora”. No importa qué ocupación sea la que traes entre manos... Siempre será “ahora”, y sobre cada “ahora” gravitando el peso infinito de tu ideal: Jesucristo... Todas tus acciones puedes unificarlas en Él... Vive en el “ahora” – sepultando el futuro y el pasado en su Corazón..., en un “ahora” enfocado sólo hacia Él. Como José en su taller, día tras día...

Pídele con fervor: haz que me entusiasme con Cristo; que esculpa en mi corazón su Nombre Santísimo; que enfoque hacia Él, de un modo exclusivo, todos y cada uno de los “ahora” de mi vida. Haz, José que le sienta internamente como mi obsesión única y mi ideal arrebatador.

San José, amante apasionado de Jesús, ruega por nosotros.

Día 14 – San José, reparador

El corazón de José. Si leyeras allí dentro... El mundo ha corrompido su camino. ¡Cuántos pecados! Herodes persigue a muerte a Jesús. José lo sabe. Lo sabe... y conoce la charca donde se revuelca el mundo pagano... y los pecados del pueblo de Dios. Si leyeres allí dentro de su corazón. Junto al humo sucio de pecados, sube la oración ardiente de José. Repara la gloria de Dios ultrajada.

Pero ¡ay!, también el Corazón que late en el pecho diminuto de su Hijito conoce todo aquello tan negro... y conoce la tibieza futura de los suyos... Aunque parece que no se da cuenta de nada, llora sangre. Un “¡pobre Jesús!” sale candente del alma de José: consuelo afectuoso, sentido.

Imita a José. ¡Qué vida más feliz y qué vida más divina! ¿Te sientes impotente para remediar el cúmulo de pecados que cubren el mundo? No lo eres. En medio de tu actividad, lleva vida reparadora dentro de tu corazón. Consuela al Corazón de Cristo con tu fidelidad. ¡Qué alegría proporcionarás a José! ¡Y a Jesús!... Su Corazón sintió que se le aliviaba la carga.

Solicita el apoyo de José: Santísimo José, enséñame a vivir como tú, reparando en silencio la gloria del Padre, consolando el Corazón de Jesucristo en mis trabajos, mis oraciones, mi vida entera...

San José, reparador perfecto, ruega por nosotros.

Día 15 – San José, camino.

Recorre las jerarquías del cielo. Escucha el nombre que en sus alabanzas dirigen al Verbo de Dios: Santo, Santo, Santo. Baja a Nazaret, escucha. José – y es un hombre – llama al Verbo de Dios: Hijo mío. Sólo él, fuera del Padre Eterno y María, puede pronunciar este nombre. Es su padre legal... Jesús le llama así... Y él lo es de verdad.

Tú amas a Cristo, y le amas con pasión... ¿Quieres demostrarle amor? San José te enseña. ¿Por qué no le imitas? En algo al menos. No es difícil. No es complicarte la vida. Es un acudir a Él espontáneo, natural... Tú, en los atardeceres de Nazaret, pedías a Jesús lo que necesitabas, le contabas tus penas.

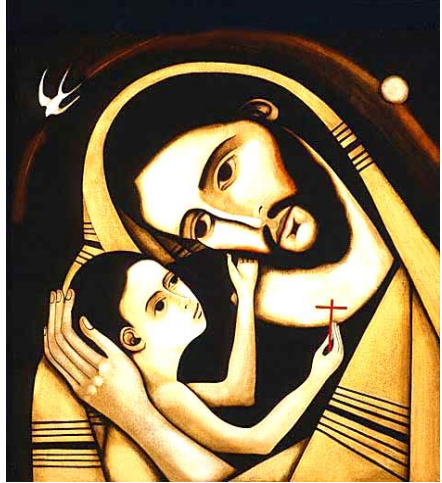
José bendito, Padre de mi único Bien, Jesús: desde hoy quiero tener en ti mi seguro refugio, mi camino cierto para ir a María, y

al Corazón de tu Hijo. Llévame a Él, en-ciérrame allí y no me dejes salir jamás.

Padre nutricio del Hijo de Dios, ruega por nosotros.

Día 16 – San José, educador de Jesús.

¿No te los has figurado nunca así?: José en un banco de piedra, y Jesús sobre sus rodillas. Una escena muy dulce, muy divina... ¡y diaria! En aquellos momentos José educaba a Jesús. ¡Misterio! Jesús crecía en sabiduría y en gracia... José era quien, con María, le formaba. Y así... ¡cuántos años! Formación larga en el silencio de un taller...



¿Por qué no escoges a José por maestro? Él te enseñará a imitar al Discípulo de Nazaret, Jesús. Santísimo José, haz que imite a tu Discípulo y Modelo mío supremo, Jesucristo. Quiero tener siempre en él fija mi mirada. Hazme aprovechar con amor una vida que es preparación para la eterna. Bajo tu mirada, quiero crecer, como Jesús, en edad, sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombres.

Preceptor del Hijo de Dios, ruega por nosotros.

Día 17 – San José, intimidad con Jesús.

Piensa en las alegrías de José: Jesús ha nacido. Jesús es visitado y adorado. Jesús crece lleno de vida. Jesús le llama “Padre”, le ama, le acaricia... Y en las penas de José: Jesús blanco de odios, Jesús perseguido, Jesús perdido en el templo...

Mi único motivo de gozo: Jesús... su voluntad, su amor. Mi único motivo de tristeza: Jesús... sus ofensas, su ausencia. Todo el resto del mundo no es capaz de estremecer una fibra del corazón de José.

Centra tú también tus alegrías y tus penas. Mira bien a José y haz como él... Pena sólo de la ausencia de Jesús, de ofenderle y de que le ofendan... Alegría sólo en amarle y en que le amen... y en sentirse amado por Él...

Dile con toda el alma a San José: Enséñame a centrar mi vida, con todos sus dolores y alegrías, en Jesús. Que no haya nada en el mundo que pueda alegrar o entristecer mi corazón fuera de Él.

San José, tú que amas a Jesucristo, ruega por nosotros.

Día 18 – San José, modelo de serenidad.

Mira su rostro... ¿Persecución? ¿Estrechez? Siempre sereno, alegre, imperturbable. Siempre flexible a la voluntad de Dios. Como la caña que se dobla al soplo del viento, sin cruji...

Tu vida de apóstol... Cuántos cambios de ocupación, de personas, de estados de ánimo... Mira a José, imita a José. Serás flexible, adaptable. En todas partes estarás a gusto, siempre contento, siempre encajado, dispuesto a trabajar con toda tu alma. Confórmate con lo que Dios vaya haciendo contigo. Él sabe más y te quiere mejor. No olvides que, si mucho deseas, mucho penas; si poco deseas, poco penas; si nada deseas, descansas.

San José: alcánzame de tu Divino Hijo una facilidad alegre, una flexibilidad sin protestas y un querer siempre lo que Él quiere, sin amargura de corazón...

San José, modelo de conformidad con la voluntad de Dios, ruega por nosotros.

Día 19 – San José suavizó las cruces de Jesús y de María.

Destierro. Trabajo ingrato de Nazaret... Pobreza. San José todo lo dulcifica. Cogía las cruces de los hombros de Jesús y de María... y se las cargaba sobre sus espaldas... Él so-portaba en silencio tragos amargos, situaciones duras. Una sonrisa amable por de fuera... Allí, dentro..., las pre-ocupaciones, las congojas...

Entrégate tú también a José. Él será el bálsamo de tus penas, pero no te contentes con eso. Sé tú el José de los que te rodean... Alivia su carga, lleva sus cruces. Una palabra de aliento, una ayuda, una oración por ellos, y todo sin violencia, con naturalidad, sonriendo...

Santo Patriarca, que lleve yo con aliento y alegría mi cruz, que sea yo el Cirineo de todos, y que lo sea con sencillez, sonriendo siempre, silenciosamente, como tú en Nazaret...

San José, ángel tutelar de la sagrada Familia, ruega por nosotros.

Día 20 – San José, Patrono de la vida de oración.

Ni hechos ruidosos, ni prodigios de celo, ni torturas atroces en la vida de San José. Mira su corazón, ahí está el secreto de su vida. Amor abrasado, ardiente entrega a Jesús en medio de una vida ordinaria, trivial, de trabajo monótono... ¡Eso es todo! Y eso hizo a José el mayor de los santos.

Tú tienes que ser santo. Lo pide la gloria de Dios. Las almas de tus hermanos te apremian. Busca el secreto de tu santidad en donde lo halló José. Vida interior, vida de oración. Sin esto, tu vida no tiene sentido. Sería vida de sarmiento elegido para dar mucho fruto, que se hace estéril e infecundo.

Toma a San José por maestro de tu vida. Dile con fe: Enséñame a orar con fe viva, con caridad abrasada, con esperanza firme. A orar siempre, como tú cuando andabas por la tierra.

San José, maestro de oración, ruega por nosotros.

Día 21 – San José irradia humildad.

Una elección gratuita de Dios, y él, el artesano oscuro de Nazaret, es ya padre nutricio del Hijo de Dios..., su guardián y defensa..., sombra del Eterno Padre..., esposo de la Madre Virgen... Y no se enorgullece. Cuanto más le ensalza Dios, más él se abaja... Humilde, desaparece. Sólo le interesa que brillen Jesús y María.

Dios te ha escogido. Quiere que tu alma sea esposa de Jesús, padre de las almas, misionera. Quizá sientas un atisbo de orgullo, de desestima por los que no vuelan a tu altura. Pero tú también eres barro. Elegido por Dios, pero barro frágil. Agradece a Dios su predilección. Humíllate a sus pies. Ten de los otros mayor estima que de ti mismo. No olvides que para enamorarse Dios del alma no pone los ojos en su grandeza, sino en la grandeza de su humildad.

Mira a José en ese vivir desapareciendo. Tu vida, como la de él, debe estar “escondida con Cristo en Dios”. José humildísimo, enséñame a desaparecer amando, pues quieres aman de veras a Dios sólo verdades aman. Su grandeza y mi nada son la gran verdad.

San José, modelo de humildad, ruega por nosotros.

Día 22 – Pobreza de San José.

Mira el establo..., pajas... Viento helado a través de las hendiduras de la roca, cuna que es un pesebre... Egipto y Nazaret, hogares irradiando pobreza. Ni comodidades ni lujo. Pobreza en comida, ajuar. Trabajo duro y monótono para poder sustentar la Sagrada Familia. Pero José y María no echan de menos nada. Tenían algo que suplía todo. En el establo, en Egipto, en Nazaret, tenían... a Jesús... En él lo tenían todo. Sabían que “para tener a Dios en todo conviene no tener en todo nada, “porque el corazón que es de uno, ¿cómo puede ser del todo de otro?”

Pobreza de tu vida, desprendimiento, “porque si quieres tener algo en todo, no tienes puro en Dios tu tesoro”.

Piensa en la Familia de Nazaret. Ni una queja asomará a tus labios, estarás contento con todo. Si tienes a Cristo, ¿qué te importan los bienes de la tierra? Pide con fervor a José. Él te enseñará a descubrir en Cristo “todos los tesoros de sabiduría y ciencia”, a encontrar en Él “todas las cosas”.

San José, pobre y escondido, ruega por nosotros.

Día 23 – San José, patrono de la buena muerte.

María sostiene su cabeza, le mira con inmenso cariño. Jesús estrecha sus manos. Le dice al oído, con acento inefable: “Ven, siervo bueno... ¡Padre mío, entra en el gozo de tu Señor!” José ha cerrado los ojos... Jesús y María besan su frente fría... Con Jesús y con María, José ha empezado a vivir. Recuerdo sereno de una vida santa. Esperanza firme. Perspectiva de una eternidad en brazos de Jesús.

Tú deseas su muerte. Imita su vida. Anhelas la muerte del santo. Sé santo en tu vida. Martirio diario en vida consagrada a Cristo. Miles de almas corredimidas en Cristo. Presencia de Jesús y de

María. Recuerdo sereno y panorama sin fronteras: un abrazo perfecto de duración eterna...

Patrono de una muerte santa y dichosa, San José: alcánzame la gracia de las gracias: morir en brazos de Jesús y en el regazo de María, después de gastar mi vida en padecimientos y trabajos a la mayor gloria de Dios. Morir de amor repitiendo: Jesús, José y María, en Vosotros descanse en paz el alma mía.

San José, patrono de los agonizantes, ruega por nosotros.

Día 24 – San José, el mayor de los santos.

Uno fue el quehacer de Cristo – el Santo de los Santos – en la tierra: cumplir la voluntad del Padre. Uno, el quehacer de los santos, imitadores de Cristo: cumplirla, vivirla en sí mismos en todo, en todos, siempre. Cuanto más se acercan al Modelo, tanto más santos. Y tanto más parecidos cuanto mayor ha sido su intimidad con Él, más intenso su “mirarle”. Nadie, después de Ella, más semejante a Jesús. Ahora, en el cielo, no hay quien se le acerque más en la gloria ni el poder.

Tu acudir a José ¿está en proporción con su poder? No te extrañe verte tan débil... Has descubierto algo que te impide ser santo. Ese “algo” ponlo desde hoy al cuidado de José. Que él te ayude a extirparlo... Sólo entonces podrás imitar a Cristo... Modelo de los santos, Modelo de José. Piensa con frecuencia que “desasirse de todo lo creado es lo que más junta al alma con Dios, yendo con limpia conciencia”. Lo que más le ayuda a José es vivir su voluntad, escuchar a Cristo, que le dice: “Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto. Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación”.

¡Poderosísimo José, mi amparo y mi fuerza en mis combates por la santidad! Hazme otro Cristo desapareciendo con amor para vivir sólo la voluntad del Padre.

San José, ejemplo de santidad, ruega por nosotros.

Día 25 – San José, confidente del Corazón de Jesús.

Juan, el discípulo querido, descansó una vez en el pecho de Jesús, percibió sus latidos... Pero para José este regalo era el premio cotidiano a sus desvelos. ¡Cuántas veces, en aquellos abrazos tiernos, contacto estrecho y apretado, los dos corazones palparían al unísono!

Tú quieres amar a ese Corazón, descanso para los que le aman y refugio de salvación siempre abierto para los que se arrepienten. El único deseo de ese Corazón es anegarte en su amor. Quiere hacer de tu pequeñez y miseria un canal de misericordia para que muchas almas le conozcan, tengan Vida Eterna, se salven.

Nadie logra conocer bien a Jesucristo si no estudia su Corazón. Es “trono de misericordia, donde los miserables son los mejor acogidos”.

Acude a José. Él sabe mejor que nadie qué maravillas encierra ese Corazón. “Nada se canta más suave, nada se oye con mayor gozo, nada se piensa más dulce que Jesús, el Hijo de Dios”. Lo repetía muchas. “La lengua no acierta a decir ni la letra expresar lo que es amar a Jesús”. Pero José, después de la Virgen, lo vivió como nadie.

San José, haz que al tributar al Corazón de Jesús el obsequio de nuestro amor, le ofrezcamos también una cumplida reparación.

San José, confidente íntimo del Corazón de Jesucristo, ruega por nosotros.

Día 26 – San José, adalid y protector de la Cruzada-Milicia de la Virgen.

¡Qué familia la de Nazaret! Amor tierno y fuerte. Unión íntima. Alegría sin estridencias, pero profunda, dulcísima. Colaboración espontánea, natural, abnegada, sonriente. Tres corazones que no vivían para sí, sino para los otros dos en Dios... Y José, al frente de aquella Trinidad de la tierra.

Una familia queridísima dejaste al venir a la Cruzada, al brillar la estrella. La aventura de la fe comenzaba... Y otro hogar, otra familia más dulce aún, de lazos más puros, no de carne y sangre, sino de espíritu, de unión en Jesucristo, hallaste junto al Sagrario, en el Nazaret de la Cruzada...

¿Quieres ser buen hijo en esa nueva y eterna familia? Mira la casita de José, el carpintero... y sigue su ejemplo... Para tu primer hogar, oración ardiente, el amor que la caridad ordenada requiere. Para tu Nazaret, perfiles exquisitos de delicadeza. Asimila su espíritu de familia: alegría y sencillez, unión y colaboración.

San José, ¡qué bien se encontraba Jesús en Nazaret contigo y con María! Vivía a su gusto, libre y dueño. Haz que viva también así en el Nazaret de la Cruzada. Filial confianza, llena de sinceridad.

San José, alma y vida de la Cruzada, ruega por nosotros.

Día 27 – San José, ejemplar de santidad

San José, *vir justus*. Una sola pincelada y el Espíritu Santo nos lo retrata. ¿Se puede decir más? Varón justo, hombre según el Corazón de Dios. Realizará sus designios. En total abandono, cumple su voluntad. Su vida, un cántico de amor que siempre fluye, que siempre repite hasta morir: “Quedéme y olvidéme, / el rostro recliné sobre el Amado. / Cesó todo, y dejéme, / dejando mi cuidado / entre las azucenas olvidado.

La santidad de José es la tuya. No está en la práctica aislada de esta o la otra virtud. Es una actitud de conjunto. Una disposición habitual del corazón “que nos hace humildes y pequeños en brazos de Dios, conscientes de nuestra debilidad y confiados hasta la audacia en su bondad de Padre”.

San José, alcánzanos esa santidad tan tuya. Danos esa fe que hace silencio en el alma ante todo lo creado. Esa fe que es “el cara a cara con Dios en las tinieblas, la posesión de Dios en el destierro”.

José Justísimo, ruega por nosotros.

Día 28 – San José, maestro de obediencia

Un decreto de César Augusto. Despótico quizá y arbitrario. No importa. San José, sin una murmuración ni protesta, con María marcha a empadronarse a Belén... Jesús ha nacido. Los Magos, después de adorarle, vuelven a Oriente. Un ángel se aparece a José. Levántate... Huye a Egipto... Al instante, en plena noche, toma al Niño y a su Madre y huye... Sin rebeldía, sin crítica. ¡Cuánto sabe José de obediencia pronta, alegre y ciega! Tiene fe en el obedecer y goza por eso de gran paz.

La obediencia es desaparecer. “Olvido de lo creado, memoria del Creador, atención a lo interior y estarse siempre amando al Amado”. Inmolarse a Dios momento a momento. No pensar más que en Él. No ocuparnos de lo que no entendemos. Él lleva las riendas. ¡Si tú le dejas...! ¡La obediencia, lo más fácil, lo más difícil! Lo más fácil al que vive nadando en su nada. Lo más difícil cuando nos creemos algo. La obediencia, lo más necesario. Vacía el alma para que Él la llene. “Los bienes inmensos de Dios no caben ni caen sino en corazón vacío y solitario”. El vacío que produce la obediencia atrae la plenitud de Dios.

San José, Maestro de obediencia, enséñame a pasar por la tierra como Jesús: “obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”.

Enséñame a vivir como la Virgen: “guardando todas las cosas en mi corazón”, sepultándome en el fondo de mi alma para perderme, transformarme en la Trinidad que ahí mora.

José obedientísimo, ruega por nosotros.

Día 29 – San José, espejo de pureza angélica

Los ángeles no tienen cuerpo. San José lo tenía. Su vida, más que angelical. La Virgen, “carne angelizada”, le contagia el privilegio de la virginidad. Entra en su casita de Nazaret... Percibe el perfume de su pureza. Lo daba entonces, lo sigue dando ahora. Déjate embalsamar. Lo necesitas para ser testigo viviente de lo eterno en un mundo que no cree ni espera y que sólo se salvará siguiendo a la “Abanderada de la virginidad”, María, y a San José, su esposo virgen.

Mira a José. Imítale. Control al mirar, leer, oír, tratar. Cauto en la mirada, pues “la muerte entra por las ventanas”. Cortés en el trato. Comedido en el hablar y cortando alas al pensamiento. Vive y te enseña las cuatro “ces”. Te enseñará a ser como magnolia o nenúfar. Cierran celosos su tierna corola al declinar el sol. Protegen vigilantes, con virginal delicadeza, sus pétalos aterciopelados, blancos.

San José, custodio y padre de vírgenes. A tu fiel custodia fue encomendada la misma inocencia, Cristo Jesús, y la Virgen de las vírgenes, María. Por intercesión de ambos, presérvame de toda inmundicia. Dame alma pura, corazón limpio, cuerpo casto.

Castísimo José, ruega por nosotros.

Día 30 – Trabajador incansable

De Nazaret... ¿podría salir algo bueno? ... Y, sin embargo, de allí salió lo mejor, lo más santo y puro: el Santo de los Santos, el Redentor del mundo, y sus dos almas más íntimas.

En Nazaret inician la construcción de un edificio grandioso: la Iglesia. Trabajan por la felicidad temporal y eterna de la humanidad, por la regeneración de la familia, por la redención del trabajo, por la glorificación de la vida corriente de cada día.

La acuciante pregunta de Natanael nos asalta. De mi vida diaria envuelta en monotonía ¿puede salir algo bueno? El musgo, al microscopio, es una flor bellísima. Mis acciones más banales, vividas en Nazaret, tienen alcance cósmico en el universo de las almas. El diminuto tornillo de reloj no es menos importante, si sabe permanecer escondido, que la esfera o las manecillas que marcan la hora.

San José, trabajador incansable, me marca ruta. La santidad está en la tarea cotidiana con el máximo amor: cumplimiento del deber familiar y profesional, reforma del carácter, lucha contra los enemigos de dentro y fuera, apostolado incansable de conquista alma por alma... Todo empapado en amor con horizontes de redención. Las almas se salvan no por lo que hablamos, sino por lo que vivimos. Nuestra mayor eficacia está en lo que somos, no en lo que hacemos o decimos. Una vida sin palabras vale más que muchas palabras sin vida.

San José: enséñame la verdadera grandeza, la grandeza en lo pequeño. Ayúdame a ser perfecto en lo menudo y trivial, santo en lo profano, celestial en lo terreno, eterno en lo temporal.

San José, trabajador incansable, ruega por nosotros.

Día 31 – Contemplativo en la acción

¿Qué vale la palabra en los labios si no sale cargada con preciosos silencios del corazón? ¡Pobres almas agujereadas que

dejan escapar, gota a gota, las aguas profundas! Quieren hacer apostolado, y las almas no reaccionan.

San José no es así. Sabía que la palabra fecunda, como flor, sale del corazón cargada del rocío y de los perfumes de la oración. Todo lo hacía mirando a Jesús y María y dejándose mirar por Ellos. Angustias, tribulaciones, trabajos... Las espinas del camino se van convirtiendo en flores. Abandonado en el momento presente, vive sólo el ahora. Contempla, ama, redime. Los besos y caricias de Jesús, los cuidados tiernos de María son para José.

Así corresponden Ellos a los desvelos solícitos del Santo. Así quieren conducirse contigo, si te abandonas con él, en el “ahora”, en ese “hermoso día de hoy que no se repite jamás”, en esa “cita de Dios” para enriquecerte con su amor.

Jesús de Nazaret, obedeciendo a María y José santificas la vida de familia con inefables virtudes. Concédenos, por intercesión de ambos, aprender los ejemplos de paciencia y humildad de tu Sagrada Familia en la tierra para ser dignos de su compañía en el cielo.

San José, contemplativo en la acción, ruega por nosotros.